

La decadencia del patriciado criollo en *Sangre Patricia*

Morena Carla Lanieri
Università di Genova

En 1902, dos años después de la salida de *Ariel* de José Enrique Rodó, se publicó *Sangre patricia*, de Manuel Díaz Rodríguez, obra cuya peculiar elección estética, por un lado, permite apreciar a fondo el cambio de rumbo que se registró en la narrativa hispanoamericana de principios del siglo XX; sin embargo, por otro, refleja –en estilo y contenido– la contraposición de concepciones que caracterizó, en particular, a la prosa venezolana¹ de la época, donde acaban aglutinándose conflictivamente las dos vertientes, cosmopolita y nativista, que se dieron dentro del modernismo.

Sangre Patricia narra la historia de Tulio Arcos, un joven criollo venezolano atormentado por el dolor de la pérdida de su amada y acosado por el sentido del deber político que le transmite su noble estirpe, siendo el último descendiente de una familia que entroncaba con los conquistadores, los guerreros de la Independencia y los forjadores de la República. Este origen ilustre determina en él una profunda escisión, impulsándolo a justificar su existencia de acuerdo con las gestas de sus antepasados y a cargar con el peso de una misión cívica que no logra llevar a cabo. La escritura va dando cuenta del doble conflicto interior que lo oprime y aflige hasta aplastarlo: por un lado, sus deseos imposibles de revivir a su amada;

¹ En el panorama literario venezolano dos revistas realizaron una extensa labor de renovación estética: *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*, exponentes de las dos tendencias de la corriente modernista. El movimiento venezolano reflejó no sólo la oposición entre ambas orientaciones, sino también la que se dio entre la burguesía liberal –que se estaba afirmando como clase dominante en las ciudades– y una aristocracia rural en decadencia. En las novelas de Díaz Rodríguez prevalece un conflicto más individualista que social: sus personajes suelen ser artistas que se escapan de la mediocridad del ambiente que los rodea recreando un mundo con el que guardan lazos –el paraíso perdido del patriciado criollo– y al cual cantan una suerte de elegía nostálgica.

por otro, la impracticabilidad de los modelos conductuales que entraña su ideología política.

Al abordar el examen de la novela llama la atención la elección del título y el extenso espacio reservado, dentro de la obra, a la exaltación del abolengo de ascendencia española del personaje principal, atestiguando la marcada hispanofilia que caracteriza la segunda fase modernista de retorno a lo americano. Se ensalzan las virtudes y las nobles cualidades de la alcurnia que, si bien con intensidad variable, se transmiten a los descendientes y que el protagonista, Tulio Arcos, hereda de sus antepasados. Estos *varones ilustres* desempeñaron un papel importante en cada período de la historia del continente, a partir de la Colonia en adelante, distinguiéndose, en particular, en dos vertientes, de acuerdo con la tradición venezolano-americanista cultivada por Bello y Bolívar: 1) la de la educación y la enseñanza; 2) la de la lucha por la emancipación libertadora. Precisamente, por lo que respecta a este segundo punto, en la novela se hace especial hincapié en la escisión conflictiva que la guerra de liberación acarreó en el seno de la familia, como se desprende del siguiente trozo:

...Tulio Arcos, ...[tenía] larga ascendencia de varones ilustres. La guerra por la independencia marcó en la ya numerosa familia una división profunda; algunos, fieles a España, a España emigraron; los otros (...) pelearon por la libertad, formando en la brava y corta falange de emancipadores de pueblos.²

Además, su prosapia marca con una huella significativa el contexto político-cultural reciente de Venezuela, dejando un legado de responsabilidad histórica ante el cual es imposible sustraerse: Tulio siente el deber de cumplir con dicho cometido y de cargar con las implicaciones que el mismo conlleva:

Establecida la República [...] los que sobrevivieron a la lucha contra España se dedicaron a la política y las letras. [...] Así en el linaje de los Arcos... la rama principal... se presentaba siempre... con su carga de talentos y virtudes. Y en Tulio, último ente de esa rama, la conciencia del

² M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia*, pp. 168-169. En adelante, el número de las páginas de las citas en el texto se indicará seguidamente, entre paréntesis.

valer de su estirpe despertó la conciencia de su responsabilidad abrumadora. (pp. 168-169).

Otro aspecto muy importante que presenta la obra (expresión del anti-imperialismo que se registra, a todo campo, frente a la amenaza estadounidense), refleja la nueva toma de posición ante el peligro representado por un neocolonialismo cultural. Coherentemente con el discurso arielista, se lleva a cabo toda una concienciación indirecta, a sabiendas del riesgo que implica el dejarse llevar por modas fáciles que no sólo acaban borrando los rasgos distintivos de la idiosincracia y la civilización de un pueblo, sino que terminan por imponer una subrepticia y solapada dominación foránea. Este aspecto se saca a relucir con relación a la casa de los antepasados de Tulio en Caracas, cuya nobleza antigua el joven respeta dejando intactas su fachada y sus paredes, que siguen guardando en su antiguo aire patricio la historia de la familia. Según el joven, hasta una brocha podría borrar para siempre los restos de todo un pasado glorioso visible en esta casona, haciendo perder su peculiar encanto arquitectónico y provocando así una mutilación irremediable:

Tulio, como sus antepasados, ...respetó [la casa] [...] Porque de una parte la moda y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformando los nobles caserones antiguos en viviendas comunes. [...] Para él todo aquello era profanación y ultraje... . (pp. 172-173).

La herencia familiar deja como prenda el deber sagrado de cumplir con el compromiso cívico de luchar por la Patria, en defensa de su integridad política. Sin embargo, la perfidia y la fasedad van penetrando y la traición desalienta la lucha y desbanda a los nuevos cruzados, quienes buscan salvación en la fuga, sucumbiendo ante el acoso de la jauría corrupta. Tulio ayuda con sus caudales económicos e ideológicos la causa redentora, pero cae prisionero y es obligado al destierro: tras un primer arrebato de indignación, sin embargo y muy a su pesar, opta por alejarse y abandonar su país, según se desprende de las amargas reflexiones sobre su condición que el discurso indirecto libre ofrece (impidiendo atribuirles, en verdad, a meditaciones del protagonista reproducidas por la voz hablante, o a valoraciones del propio narrador omnisciente, cuyos amagos pasarían así inadvertidos al englobarse dentro de la narración en tercera persona):

Quién sabe si, al correr del tiempo, acabaría en la jaula de una oficina de cónsul, como un buen cachorro de león domesticado. Quién sabe si, como otros, acabaría por olvidar el dolor de su patria, viviendo de ella ... en un dulce apartamento egoísta. Quién sabe si olvidaría el reclamo de su raza. (p. 179).

El trágico amor entre Tulio y Belén –quien muere durante el viaje de ida en barco a Europa sin lograr juntarse con el amado, con el cual se había casado por poder– enmarca marginal y pretextuosamente la obra, si bien sus fatales consecuencias constituyen el elemento propulsor de la historia y catalizador del desenlace. En efecto, aquella muerte inexplicable –en la flor de la vida y en plena mar– tan preñada de misterio, envuelve a Tulio en su enigma, induciéndolo a buscar explicaciones que rebasan los lindes de la racionalidad y hunden sus raíces en las leyendas populares. Tulio hasta llega a pensar en la existencia de deidades marinas que se cobran su venganza por los ultrajes sufridos a causa de los antepasados de Belén, despiadados profanadores de las profundidades oceánicas; pero al mismo tiempo siguen torturándolo sin tregua los remordimientos de su misma conciencia, encarnación vívida de la de sus antepasados, por su cobarde reposo en el olvido del destierro, desoyendo el grito de sus ideales, por huir de la lucha en su País, entregándose al exclusivo y egoísta cultivo de su ser (crítica del concepto arielista del ocio noble), rebajando la alteza de su casta a ruindad plebeya:

Pero quizá no había semejante venganza de la mar... Aquella muerte bien podía ser la venganza que tomaban de él –Tulio– sus propios antepasados. [...] ¿Qué había hecho él sino reducir su alto ideal orgulloso a ese ideal de plebeyo? (pp. 186-187).

Se van fijando así los supuestos ficcionales en los que se asentará el armazón narrativo: por un lado, se manifiesta el propósito de registrar desde adentro todo el proceso de disociación interior de un psicópata, cuyo trastorno mental lo llevará al suicidio; por otro, sin embargo, se van exhibiendo postulados de aparente y ambiguo carácter fantástico, que expresan –a través de sus incursiones rayanas en el ocultismo y el esoterismo– esa necesidad, tan típica de la época, de encarar el misterio, de

buscar las claves de los enigmas existenciales rompiendo con las normas tradicionales del conocimiento, sugiriendo la posible existencia de otras dimensiones desconocidas, a las cuales acceder trascendiendo las frontereras circunstanciales rumbo a lo desconocido (asimilado al inconsciente). En efecto, en sus accesos de neuralgia –que hacen tambalear su percepción sensorial, alterándola en un primer momento, hasta comprometerla irremediablemente al final– Tulio satisface –antes a nivel onírico y luego alucinatorio– sus deseos de unirse con Belén: llega a sumirse en una esfera interior en donde tiene la sensación de descender a profundidades marinas inmensas, de recorrer distancias infinitas, hasta divisar a Belén. Entre sueño y vela la novia le sonríe y le habla, reanundando así el diálogo de amor interrumpido; pero, al tratar Tulio de acercársele para ceñirla, ésta se transforma en madrepora, convirtiéndose toda la vivencia en una pesadilla, de la que curiosamente el joven guarda, al despertar, el sabor a salsedumbre marina y la sensación de cansancio por el largo recorrido.

A este respecto, resulta de fundamental importancia el encuentro entre Tulio, Ocampo, Borja y Martí, cuyos discursos y meditaciones acerca de lo sobrenatural constituyen, además del elemento motor de la acción, el núcleo temático principal alrededor del cual orbita toda la obra, como se verá al final. Pero antes, merece la pena examinar con mayor detenimiento la psicología de los tres personajes mencionados, no sin apuntar a la presencia de un narrador omnisciente, externo a los acontecimientos, que va hilvanando la historia, describiendo a los personajes y valorando sus discursos desde una perspectiva que, al poner en entredicho todas las posturas de la primera etapa modernista, delata patentemente el cambio de dirección que caracteriza la segunda fase.

Ocampo –compatriota, coetáneo y gran amigo de Tulio– es un médico que se desvela por la salud del protagonista, a quien conoce en París y con el cual vive en la capital francesa. Es interesante ver cómo Ocampo intenta encauzar el dolor de Tulio hacia nobles metas alternativas, para exorcizar y sublimar su tormento. A dicho propósito, cabe subrayar la importancia de los modelos que ofrece el discurso de Ocampo (imitando, en cierto sentido, a la figura de Próspero, de *Ariel*, con sus enseñanzas), no sólo por indicar la conducta ideal y el arquetipo revolucionario ejemplar a seguir, sino por los parecidos que presenta con la figura de Simón Rodríguez –al desempeñar los dos el mismo papel de guía en una circunstancia similar–, el gran maestro del Libertador. Bolívar, al llorar inconsolado en Europa su

prematura viudez, halló consuelo en su antorcha espiritual, que supo serenarlo y enderezarlo hacia altos intentos, tal y como trata de hacer Ocampo con Tulio:

Fue Simón Rodríguez quien lo salvó [a Bolívar]... de la inútil desesperanza, haciéndole ver ... otros paisajes más dignos de una vida de hombre, en la política, en el arte y en la ciencia. [...] ...el discípulo se dio a buscar por sí mismo su propia vía, hasta entrar en la vía más de acuerdo con aquel momento de la Historia: con el mal de su país³ y con la índole de su raza. (p. 195).

Asimismo, Ocampo no vacila en defender, durante una de sus tertulias con los otros tres, la necesidad de que las naciones hispanoamericanas fortalezcan sus nacionalidades en las fuentes de la raza, es decir, afianzando su propia identidad en la fecundidad de esa matriz común constituida por la tierra española.⁴ En uno de los trozos más intensos de todo el libro, donde se conjugan y funden hispanofilia y patriotismo, se hace hincapié en la necesidad de dejar a un lado los antiguos odios y de conjurar el peligro, perennemente al acecho, que se cierne sobre el continente volviendo a la corriente de la raza:

En cuanto a nuestro patriotismo, ganaría más bien poniéndose en contacto con la tierra española... [para] vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas. [...] En este sentido, la guerra hispano-yanqui [...] nos manifestó muy clara la hipócrita actitud asumida... por el

³ Se hace aquí indirectamente referencia a la situación política venezolana –donde en 1899 se instaura en el poder el general Cipriano Castro– a través del pensamiento de Bolívar, volviendo a plantear el problema de la dictadura y sus deletéreos efectos. Ya en su *Discurso ante el Congreso de Angostura*, el Libertador subrayaba el peligro de dejar permanecer largo tiempo a un mismo ciudadano en el poder, por acostumbrarse éste a mandar y el pueblo a obedecerle, quedando sometido al triple yugo de la tiranía, la ignorancia y el vicio, sin permitirle adquirir ni saber, ni poder, ni virtud.

Como otros intelectuales, Díaz Rodríguez va a ser enemigo del régimen de Cipriano Castro.

⁴ La misma hispanofilia y postura ante la agresión del coloso del Norte se registra en las líricas americanistas de Rubén Darío: «Salutación del optimista» y «Canto a Roosevelt».

Imperio del Dólar frente a nuestras pobres y desmembradas repúblicas. [...] Y no conjuraremos el peligro sino volviendo a las corrientes de la raza. Ya no tienen razón de ser las antiguas desavenencias y odios... (p. 203).

Ocampo concluye su discurso, primeramente, con una crítica al afrancesamiento que aquejaba a las letras hispanoamericanas, hasta extenderse a muchos otros aspectos de la vida, subrayando la necesidad de abandonar trajes ajenos y de alimentarse de savia hispánica; secundariamente, cuestiona el lugar común que atribuye las miserias políticas y los males del continente a su origen español, llegando a poner en tela de juicio más bien el papel del catolicismo y el Evangelio,⁵ a los que atribuye el mal⁶ mayor, por entrañar una moral que esclaviza a los hombres reprimiendo sus instintos.

Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particular... políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este sólo origen contuviese en germen todos nuestros males. [...] algunos de nuestros más grandes libertadores... pretendieron plantar [en nuestra política]... el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces... predominando... y prosperando fuera de ella, a costa de nuestra vida original, ...de nuestros hábitos, de nuestra lengua y literatura. [...] El mal, ¿no vendrá más bien del Evangelio y del catolicismo? [...] la moral de los esclavos. (pp. 203-205).

Otra figura importante, también por las implicaciones que entrañan sus discursos, es Alejandro Martí (cuyo apellido no deja de ser portador de una connotación bien precisa, remitiendo al gran ideólogo cubano, con quien comparte los mismos intereses musicales, además de atributos de pensador y de oratoria sincera). Es un músico que pasa su juventud en el ambiente enfermizo de la capital caraqueña, donde conoce la nostalgia de su

⁵ No hay que subestimar los efectos del vacío espiritual –provocado por el empirismo y el cientismo positivistas– agudizado por la crisis epocal frente al desgaste de las tradicionales doctrinas filosófico-existenciales, cuyo rasgo distintivo estriba en su sincretismo religioso, fruto de nuevas y entrecruzadas formas de religiosidad que culminan en un neo-espiritualismo.

⁶ Martí tacha a Ocampo de Anticristo y ve en sus ideas el preludio de la catástrofe, el germen de Nietzsche.

terruño (siendo hijo de la provincia) sin que ésta degenera en desarraigo: al contrario, se convierte en una fuerza que lleva por dentro y lo impulsa a afrontar situaciones difíciles y a imponerse por el camino del arte, su profunda razón de vida. En efecto, a duras penas, lucha por el sustento de su familia (esposa y dos hijas) y por realizar el sueño de su vida: seguir sacando sonos de su viejo violín (y por ello viaja por las Antillas⁷ en busca de viejas rapsodias) y estudiar las leyes musicales⁸ de una obra maestra olvidada, una música del pueblo anónima que descubre y quiere dar a conocer fuera de su país. La instancia narrativa, hablando de Martí, vuelve aquí al motivo de la búsqueda de la consagración en París, no sin dejar traslucir cierta crítica para con los artistas, considerados víctimas de una sugestión colectiva, si bien se reconoce que dicho bautismo acaba imponiéndose como requisito indispensable para afirmarse y no ser un «don nadie», aunque también acaba otorgando prestigio a mediocres, indignos merecedores de fama:

Y, al igual que casi todos los artistas modernos ... volvió los ojos a París, como a la única digna de conceder... el bautismo de la gloria. [...] Si París no le otorga derecho de ciudad, el mayor de los genios puede pasar desconocido [...] Al contrario,... apadrinadas de París, la medianía y la misma nulidad ponen bajo su yugo al universo. (p. 199).

El último de los personajes, con quien Tulio realizará el viaje de vuelta a América, es Don Miguel Borja. Se trata de un caballero caraqueño culto y refinado, con gran afición a las ciencias naturales, quien –tras sufrir el agravio del adulterio de su mujer con su mejor amigo de él– prefiere irse de su Patria y entregarse a un continuo vaivén entre Europa y América, huyendo de sí mismo. Sin embargo, de su peregrinación por el Viejo Continente excluye precisamente a España, temiendo quedar desilusionado

⁷ En sus andanzas pasa por la América del Norte, donde la miseria que acaba sufriendo casi lo arrastra al suicidio y la locura: es gracias a una secta religiosa, cuyos ideales iluminan su fe y su arte, que logra salir de esa situación. Vuelven a aparecer así postulados del discurso arielista: la crítica del utilitarismo sajón y el brote de un nuevo eclecticismo religioso.

⁸ Lo sobrenatural, presente en el folklore, se va insinuando a través de la música, cuyas notas le revelan su secreto a Martí y lo eligen para que las posea y se deje poseer por ellas.

tras conocerla, y prefiere idealizarla en su mente, mirarla desde lejos –como una isla en la que nunca se desembarca–, manteniendo intacta su «única reserva de ilusión». También Tulio tiene una actitud parecida, pero no lo retiene el temor a un desengaño, sino que huye ante el peligro de que el hechizo de la tierra española, en particular Andalucía, pueda subyugarlo y someterlo a una servidumbre eterna.

A este punto, resulta de fundamental importancia examinar el contenido de las conversaciones entre Martí y Borja, a las cuales asiste Tulio junto con Ocampo, para apreciar cómo van engendrando en Tulio la convicción de que existen fenómenos metapsíquicos y otras dimensiones desconocidas.

Los cuentos que se van alternando ponen de relieve el poder de la fuerza de sugestión de la mente en los fenómenos telepáticos, especialmente en naturalezas privilegiadas o enfermizas (y Tulio reúne las dos condiciones). La narración se desliza hacia afirmaciones que corroboran ya sea la vertiente explicativa de cariz patológico, como la de carácter sobrenatural, insistiendo en los límites del conocimiento humano que impiden aprehender fenómenos cuya existencia –paralelamente a la de otros seres, como faunos, ninfas y sirenas– permanece ignorada. Mientras tanto, las alucinaciones asaltan al joven Arcos por doquier, como un súbito encantamiento sugerido por los colores glaucos de los ojos de su amada y las aguas del Sena: de tal forma, vuelve a probar, en todas sus fases, la misma suave sensación que lo envuelve en una dimensión líquida y placentera, permitiéndole hablar con su amada como si estuviera viva y compensar su irreparable pérdida. Ocampo le aconseja, entonces, que se aleje de París y que realice un viaje por el Mediterráneo para restablecerse y recuperarse de los trastornos que lo atormentan. Pero la travesía, sobre todo por Italia, aumenta la intensidad de su vivencia, si bien aportando caracteres distintos: realidad y alucinación se entremezclan armoniosamente y Tulio se convence, sin horror, de que Belén aún vive de alguna manera y en alguna parte; las consideraciones de Martí acerca de lo sobrenatural ya no le parecen impregnadas de hondo misterio, sino de lo más triviales. Piensa en realizar otra travesía en un buque de vapor dirigido a Grecia y al sur de Italia, viaje que se convierte en una verdadera luna de miel para los dos amantes, cuyo idilio se va tejiendo bajo el agua.

Interrumpe bruscamente el “viaje de novios” una carta de Ocampo en la que éste le comunica a Tulio la reciente muerte de su queridísima tía

abuela y lo insta para que responda al llamado de sus compatriotas revolucionarios, quienes le piden que se incorpore en sus filas y vuelva pronto a participar en la próxima revuelta, capitaneando el levantamiento en plan de caudillo.

Tal y como hiciera Simón Rodríguez con Bolívar, Borja y Ocampo se proponen suscitar en Tulio una alta aspiración, un deseo de llevar a cabo hazañas heroicas para sanear su desfallecimiento espiritual, considerando el regreso a Venezuela del joven como su única salvación posible. Pero lo que angustia a Tulio es también la noticia que recibe del administrador de sus casas en Caracas, acerca de las mejoras que hay que realizar para conservar el buen estado de las fincas, acrecentar la renta y asegurar su buen manejo: siente entonces su profunda impotencia ante un mundo que se va desgajando a su alrededor.

[...] Tulio ya se imaginaba la noble casa de sus mayores transformada en asiento de un negocio mercantil... o convertida en palacete vulgar... prostituida al comercio o a la moda, representándose a la vez el alma heroica de la casa ante la bárbara intrusión... (p. 223).

En el barco con destino a Venezuela se avivan en Tulio las intensas emociones que, cada noche, experimenta en su camarote, al recibir la visita de su seductora amada, quien lo embriaga con sus besos y con la irresistible voluptuosidad de su abrazo. Las charlas de los tres pasajeros se orientan hacia aspectos inquietantes de la Naturaleza, volviendo a plantear el problema de lo desconocido: el océano se revela la mayor reserva de ilusión, gracias a los formidables secretos que guarda en sus profundidades, donde se esconden otras formas de vida.

Antes de ceder a la misteriosa atracción ejercida por los tonos glaucos del agua y a la tentación de arrojar al océano, respondiendo al irresistible llamado final del canto de su sirena, Tulio –en una de las últimas animadas charlas en la que toma parte– defiende la revolución. El joven Arcos –tras ensalzar la lucha armada, por considerarla la sola arma de que el pueblo dispone para sostener su derecho a la vida– se explaya en la vehemente dilucidación de sus ideas políticas, llegando a anunciar el advenimiento de un nuevo socialismo y anarquismo criollos. Para el joven Arcos la revolución es el único modo de salir de la podredumbre, que siempre ha

visto en todas partes el enfrentamiento entre sangre patricia (guerrera) y sangre bárbara (corrupta).

Idealismo político y amoroso confluyen así, al final, en un único gesto extremo que el protagonista cumple sucumbiendo al arrastre de su locura y a la decadencia de su casta. Sus convicciones ideológicas se estrellan contra la imposibilidad de materializarse en un proyecto político acorde con los postulados de ese pensamiento, de armonizar los principios de justicia y progreso con las formas dictatoriales de las que esa misma oligarquía –junto con el capitalismo extranjero– se valdrá para mantener sus privilegios, comprometiéndose así con el régimen vigente.⁹

⁹ Entre 1908 y 1920 Díaz Rodríguez será ministro del dictador Juan Vicente Gómez y hasta su muerte (1927) guardará silencio ante los crímenes de la tiranía, sin que su responsabilidad como escritor frente a la realidad de su país lo inste a denunciarlos.

BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel, «Sangre patricia», *Narrativa y Ensayo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, n.º 86, pp. 163-234.
- ARAUJO, Orlando, *La palabra estéril*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 1966.
- CASTRO, José Antonio, *Narrativa modernista y concepción del mundo*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Centro de Estudios Literarios, 1973.